

**Universidad Nacional de Salta
Facultad de Humanidades
Escuela de Historia
Introducción a la Historia de las Sociedades
Prof. Soler Alejandra**



Trabajo Práctico N° 7

Sigler, Tamara Agostina - DNI 46059254 - Lic. en Filosofía

2025

1. Eric Hobsbawm sostiene que en el siglo XIX "la nación tenía que ser realmente construida", explicar el rol que juega la escuela como institución y la enseñanza de la Historia en este proceso.

Eric Hobsbawm sostiene que en el siglo XIX "la nación tenía que ser realmente construida", explicar el rol que juega la escuela como institución y la enseñanza de la Historia en este proceso.

La concepción hobsbawmiana de la nación como un artefacto moderno y no como una entidad primordial conlleva necesariamente la pregunta por los mecanismos concretos de su construcción. Si, como afirma el autor, "la 'nación' no era un desarrollo espontáneo, sino elaborado" y "tenía que ser realmente construida", se deduce que su existencia dependió de una deliberada ingeniería social impulsada desde el Estado (Hobsbawm, 1998, p. 105). En este proceso de invención e imposición de una identidad común, la escuela emerge como la institución fundamental, pues era el aparato estatal más eficaz para alcanzar una doble finalidad: la homogeneización cultural y la inculcación de una lealtad política suprema.

En primer término, el sistema educativo público fue la herramienta crucial para imponer una uniformidad nacional allí donde existía una profunda diversidad lingüística y cultural. Hobsbawm es categórico al señalar que

estas instituciones [las escuelas] fueron de crucial importancia para los nuevos estados-nación, ya que sólo a través de ellos el 'idioma nacional' (generalmente construido antes mediante esfuerzos privados) pudo de verdad convertirse en el idioma hablado y escrito del pueblo, al menos para algunos fines. (1998, p. 106)

La escuela operaba así como un dispositivo de estandarización que transformaba una pluralidad de dialectos y lenguas vernáculas en una lengua oficial común, creando las condiciones básicas para una comunicación masiva y una cultura nacional impresa.

Sin embargo, la función alfabetizadora era sólo un medio para un fin político más ambicioso. El objetivo primordial de la escolarización, en especial a nivel primario, excedía la mera instrucción en "los rudimentos del alfabeto y la aritmética". Su fin era, "quizá todavía más, imponer a sus pupilos los valores de la sociedad (moralidad, patriotismo, etc.)" (Hobsbawm, 1998, p. 106). La enseñanza de la Historia, en este marco, no puede entenderse como una disciplina orientada a un análisis crítico del pasado, sino como el vehículo privilegiado para transmitir una narrativa nacional unificada, una galería de héroes comunes y una memoria de glorias y sacrificios compartidos. Esta pedagogía patriótica buscaba generar una identificación emocional con la comunidad imaginada de la nación, forjando el vínculo sentimental que el Estado requería para su propia legitimación.

La íntima conexión entre este proyecto educativo y la política de masas queda de manifiesto en el vínculo que Hobsbawm establece entre el desarrollo de la escuela primaria y “el progreso en la política de las masas” (1998, p. 106). La escuela no solo creaba ciudadanos para el estado-nación, sino también súbditos leales para un orden social que, en una era de creciente participación, necesitaba cimentar su autoridad en un consenso activo. De este modo, la educación pública se constituyó en el eje de la “construcción desde arriba” de la nación, transformando a los hijos de campesinos, obreros y regionalismos diversos en miembros de una comunidad nacional homogénea, cuyo deber político principal sería, desde entonces, la lealtad a la patria.

2. ¿Qué papel juegan y qué sentido tienen las fechas patrias, los actos y discursos escolares, las efemérides, en el proceso de construcción de la nación? Responder para dos momentos históricos: la construcción de naciones en la primera mitad del siglo XIX y con los fascismos, en la primera mitad del siglo XX. (“las efemérides no son simples herramientas pedagógicas para enseñar historia. Son además dispositivos del Estado para generar un sentido de nación y construir ciudadanos. Cumplen ese rol desde el nacimiento del Estado nación y, en paralelo, del sistema escolar. Lo sabemos: los actos escolares son máquinas de construir cohesión social en una nación armada sobre la diversidad de pueblos –originarios, españoles, nacidos en el territorio, inmigrantes de la vieja Europa, etcétera–. Esto es así desde fines del siglo XIX y sobre todo desde principios del siglo XX, cuando las efemérides se instalaron sin vueltas en la escuela”, S. Vázquez)

La afirmación de S. Vázquez en el sentido de que las efemérides y los actos escolares son “dispositivos del Estado para generar un sentido de nación” y “máquinas de construir cohesión social” encuentra su más profunda corroboración teórica en la premisa hobswamiana de que la nación “no era un desarrollo espontáneo, sino elaborado” y, por lo tanto, “tenía que ser realmente construida” (Hobsbawm, 1998, p. 105). Estos rituales cívico-escolares constituyen la puesta en escena práctica de esa ingeniería social, aunque su sentido y contenido varían radicalmente entre la construcción liberal de naciones en el siglo XIX y su exacerbación totalitaria bajo los fascismos en el siglo XX.

En la primera mitad del siglo XIX, el desafío era la creación misma de los estados-nación sobre realidades sociales fragmentadas. La célebre exclamación de Massimo d’Azeglio —“Hemos hecho Italia; ahora tenemos que hacer los italianos” (Hobsbawm, 1998, p. 99-100)— sintetiza este programa con una claridad meridiana. La escuela, como el aparato estatal de socialización por excelencia, asumió esta tarea. En este contexto, las fechas patrias y los actos escolares funcionaron como una pedagogía fundacional. Su objetivo era forjar una lealtad primaria hacia una entidad política nueva, inculcando una narrativa histórica común que oftenaba los particularismos regionales y las

lealtades dinásticas precedentes. Estos rituales buscaban transformar a "campesinos en franceses", tal como lo expresa Hobsbawm (2003, p. 160), imponiendo una memoria oficial que servía de base para la nueva "religión cívica de los estados" (Hobsbawm, 2003, p. 159). El sentido de estas efemérides era, pues, integrador y civilizatorio en el marco de un proyecto político liberal y secular, que encontraba en la escuela el medio de propaganda más eficaz para "enseñar a los niños a ser buenos súbditos y ciudadanos" (Hobsbawm, 2003, p. 160).

Sin embargo, a principios del siglo XX, el nacionalismo experimenta una transformación decisiva que altera por completo la función de estos rituales. Como analiza Hobsbawm, se produce una "novedosa tendencia a definir la nación en términos étnicos y, especialmente, lingüísticos", una definición que, lejos de ser natural, "se inventó a finales del siglo XIX" (2003, p. 154, 156). Los regímenes fascistas y nazis no hicieron sino llevar esta lógica a su extremo. En este nuevo contexto, los actos, discursos y efemérides escolares dejaron de ser un instrumento para la construcción cívica de una ciudadanía y se transformaron en ceremonias de exclusión y movilización total. La "nación" ya no era una comunidad política de ciudadanos, sino una comunidad étnica y orgánica, definida por la sangre y la lengua, y enfrentada a un "otro" interno y externo presentado como una amenaza existencial.

Bajo los fascismos, la liturgia escolar se intensificó y militarizó. Los actos ya no conmemoraban simplemente una gesta independentista, sino que celebraban la pureza racial, el destino imperial y la sumisión al líder. La escuela se convirtió en el campo de entrenamiento para modelar las mentes y los cuerpos del "hombre nuevo", donde el juramento a la bandera y el culto a los mártires del partido reemplazaban a los viejos valores republicanos. El sentido de estas efemérides dejó de ser la cohesión sobre la diversidad —aunque fuera para homogeneizarla— para devenir un mecanismo de cohesión mediante la negación y la agresión. La máquina de construir cohesión social, de la que habla Vázquez, fue reconvertida en una máquina de generar consenso para la guerra y el exterminio, donde la lealtad al estado totalitario se imponía, efectivamente, sobre "todas las demás obligaciones públicas", tal como postula la definición de nacionalismo que Hobsbawm recupera de Gellner. Así, el mismo dispositivo que en el siglo XIX sirvió para unificar ciudadanos, en el siglo XX fue pervertido para movilizar soldados y fanáticos.

3. ¿Por qué en la etapa de expansión del capitalismo a nivel mundial, en la segunda mitad del siglo XIX, el Nacionalismo y el principio de nacionalidad son centrales? Diferencie esta etapa de la de construcción de naciones en torno a 1830.

La centralidad del nacionalismo durante la expansión capitalista global de la segunda mitad del siglo XIX no puede comprenderse como una mera continuidad del "principio de nacionalidad" que animó las revoluciones de 1830. Por el contrario, responde a una transformación profunda en la función económica, política e ideológica del fenómeno nacional. Hobsbawm establece una distinción analítica crucial al señalar que debemos "distinguir con mucha claridad entre la formación de naciones y el 'nacionalismo', en cuanto que esto tuvo lugar en nuestro período, y la creación de estados-nación" (1998, p. 95). Esta diferenciación es la clave para comprender el tránsito de un nacionalismo constituyente y liberal a otro integrativo e imperial.

En torno a 1830, el nacionalismo era fundamentalmente un programa político desde abajo, de carácter liberal y revolucionario, cuyo objetivo era la creación de estados-nación viables. Su horizonte era la unificación o la independencia de entidades consideradas "históricas" y, sobre todo, "progresivas". Como sostiene Hobsbawm, los defensores del estado-nación no solo afirmaban que éste debía ser nacional, "sino que también debía ser 'progresivo', es decir, capaz de desarrollar una economía viable, una tecnología, una organización estatal y una fuerza militar; esto es, tenía que ser por lo menos moderadamente grande" (1998, p. 96-97). El principio de nacionalidad operaba aquí como un criterio de delimitación, un proyecto de construcción estatal para naciones que se presumían capaces de sostener un desarrollo capitalista autónomo.

Por el contrario, en la segunda mitad del siglo, el nacionalismo deviene en una fuerza masiva y en un instrumento central para la estabilización del capitalismo en su fase imperialista. Este "extraordinario salto hacia adelante" (Hobsbawm, 2003, p. 152) tiene una clara "correlación con el desarrollo político y económico" (Hobsbawm, 1998, p. 101). La unificación de mercados internos, la explosión de la comunicación masiva y la necesidad de movilizar a las poblaciones en una competencia interimperial creciente, convirtieron al nacionalismo en la ideología unificadora por excelencia para los estados ya consolidados. El "principio de nacionalidad" muta: deja de ser un derecho de las grandes naciones "progresivas" a convertirse, como indica Hobsbawm, en una aspiración posible para "todos los grupos que afirmaran ser una «nación»", independientemente de su viabilidad económica (2003, p. 154). Esta democratización del principio es, a la vez, síntoma de su masificación y de su nueva función.

Es en este período cuando el término "nacionalismo" se acuña para designar una nueva realidad política: "grupos de ideólogos de derecha [...] partidarios de la expansión agresiva de su propio estado" (Hobsbawm, 2003, p. 152-153). He aquí la diferencia fundamental: si el nacionalismo de 1830 miraba hacia el interior, hacia la construcción de un estado, el de fines de siglo mira hacia el exterior, hacia la competencia y la expansión. Ya no se trata de crear naciones, sino de utilizar el sentimiento nacional para disciplinar a la

fuerza de trabajo en el interior y justificar la rivalidad económica y la conquista colonial en el exterior. El nacionalismo deja de ser un principio revolucionario para transformarse en la argamasa ideológica del orden burgués y en el motor de la lucha interimperial, sentando las bases para la catástrofe bélica de 1914.

4. Alberto Lettieri, en la introducción al capítulo plantea la situación del mundo occidental posterior a la primera guerra mundial (1914-1919): descrédito de la democracia y del liberalismo económico, intervención cada vez mayor del Estado en la economía, xenofobia y temor a la internacionalización del comunismo, el "peligro rojo" (una revolución socialista había triunfado en Rusia en 1917, y otras tantas, derrotadas, ocurrirían inmediatamente en otros países). Según el autor, para evitar esa expansión, durante las décadas de 1920 y 1930 se multiplicaron los regímenes nacionalistas y autoritarios en todo el mundo, con casos paradigmáticos como el fascismo italiano y el nazismo alemán. Estos regímenes elaboraron discursos nacionalistas para legitimarse. ¿Cómo se elaboraron y cuáles son las expresiones/características del nacionalismo en cada caso? Tener en cuenta la situación económica, social y política previa.

El escenario de posguerra descrito por Lettieri —caracterizado por el descrédito de la democracia liberal, la crisis económica, el temor al avance comunista y el ascenso de la xenofobia— constituye el caldo de cultivo en el que los regímenes fascista y nazi elaboraron sus respectivos discursos nacionalistas. Sin embargo, lejos de ser una mera reacción, estos discursos representaron una elaboración consciente y estratégica que, partiendo de traumas nacionales específicos, construyó una legitimidad basada en la exacerbación de la identidad, la denuncia de chivos expiatorios y la promesa de un renacimiento imperial. Como advierte Hobsbawm, este fenómeno fue la culminación de un proceso donde el nacionalismo, que en el siglo XIX había tenido diversas vertientes, se convirtió en una "ideología de la que se adueñó la derecha política", encontrando su "máxima expresión en el período de entreguerras, en el fascismo" (2003, p. 154).

En el caso italiano, la elaboración del discurso nacionalista mussoliniano se cimentó sobre la narrativa de la "victoria mutilada". Lettieri señala la particularidad de que Italia, a pesar de haber combatido del lado vencedor, "al terminar el conflicto no obtuvo nada de lo que pretendía". Esta frustración generó un "discurso nacionalista muy firme que denunciaba que a Italia se le había reclamado la sangre de sus hijos pero que luego, en el momento de la victoria, no se la había recompensado como correspondía" (2004, p. 185). Este relato no solo canalizó el descontento popular, sino que apuntó directamente contra el sistema político liberal, al que se identificaba como el responsable de la humillación nacional. El discurso fascista argumentaba "que este resultado era producto de que la monarquía

parlamentaria [...] sólo provocaba burla. Se sostenía que era un régimen débil, sin capacidad de decisión, que no tenía peso en el contexto internacional" (Lettieri, 2004, p. 185). Así, el nacionalismo fascista se construyó sobre la oposición binaria entre la Italia decadente y pusilánime de la democracia liberal y la Italia fuerte, unida y respetada que encarnaría el movimiento fascista, prometiendo rescatar el legado glorioso del Imperio Romano.

Por su parte, el discurso nacionalista nacionalsocialista en Alemania se elaboró a partir de una herida aún más profunda: la derrota en la guerra y las humillantes condiciones del Tratado de Versalles. Frente a este trauma, el nazismo desarrolló una narrativa paranoica y racialmente articulada. Lettieri explica que:

El nacionalismo, por su parte, se dedicó a profundizar el discurso [...] que sostenía que la guerra a la cual había sido conducida Alemania no representaba los verdaderos intereses alemanes sino únicamente los del capital judío internacional que manejaba a sus políticos como marionetas. (2004, p. 191)

Esta elaboración convertía la derrota no en un fracaso militar, sino en una traición interna, eximiendo al pueblo alemán de toda responsabilidad y proyectando la culpa sobre un enemigo omnipresente y abstracto. La genialidad retórica de Hitler, según la reconstruye Lettieri, consistió en sintetizar esta conspiración en una fórmula de aparente lucidez:

Las dos alternativas que se abrían al mundo —el capitalismo, en el caso de Occidente, y el comunismo, en el caso de la Unión Soviética— tenían un denominador común: la conveniencia y los deseos de poder de la comunidad judía internacional. (2004, p. 192)

De este modo, el nacionalismo nazi se definía no solo por lo que afirmaba —la superioridad de la raza aria—, sino, de manera más fundamental, por lo que negaba y excluía. Se presentaba como una tercera vía revolucionaria que liberaría a Alemania de las dos grandes fuerzas supuestamente manipuladas por el judaísmo.

Las expresiones y características de estos nacionalismos, aunque compartían un sustrato común de autoritarismo y movilización de masas, presentaron matices distintivos. El fascismo italiano exaltó la nación-Estado como un organismo totalitario, donde el individuo solo encontraba realización en la sumisión al proyecto colectivo encarnado en el Duce. Su expresión fue la del Estado corporativo que suprimía la lucha de clases en aras de la unidad nacional y soñaba con un nuevo Imperio Romano en el Mediterráneo y África. El nacionalsocialismo alemán, en cambio, articuló su poder en torno a la nación-raza (*Volksgemeinschaft*). Su característica definitoria fue el racismo biológico de Estado, que no se limitaba a la exclusión política sino que buscaba la pureza étnica y la expansión territorial (*Lebensraum*) como un derecho natural del pueblo alemán. Como sintetiza Hobsbawm, ambos fueron "exponentes característicos de un nuevo tipo de movimientos políticos

basados en el chovinismo, la xenofobia y, cada vez más, en la idealización de la expansión nacional, la conquista y la guerra" (2003, p. 170). En definitiva, si el nacionalismo fascista fue un proyecto de regeneración estatal y de poder imperial, el nacionalismo nazi fue un proyecto de higiene racial y de dominio continental, ambos erigidos sobre las ruinas de un orden liberal en crisis y el miedo al "peligro rojo".

5. Visualizar cómo se configura una matriz autoritaria a partir de la propaganda, la prensa, la radio, la educación, la estética monumental. ¿porqué, según Lettieri, los nazis buscaban ocupar el espacio público y modelar"las mentes de los jóvenes" de acuerdo al modelo del "hombre nuevo nazi"? ¿Qué riesgos y peligros implica la manipulación de las masas por parte de líderes carismáticos? ¿Qué cruces se pueden realizar con la educación en el momento de"fabricación de naciones"?

La configuración de una matriz autoritaria en los régimes totalitarios del siglo XX representa la culminación de un proceso donde los mecanismos de construcción de consenso se tornan absolutos, buscando la dominación total de la vida pública y privada. Según Lettieri, el régimen nazi, "a similitud del régimen soviético, también se preocupó de modelar las mentes de los jóvenes, entrenándolos para convertirse en el modelo de 'hombre nuevo' nazi, disciplinado, eficaz, deportista y patriota" (2004, p. 196). Este proyecto de ingeniería social exigía la ocupación total del espacio simbólico. La propaganda, dirigida por Goebbels, "utilizó todos los medios de comunicación a su alcance para glorificar el régimen y adoctrinar a la población en el racismo pangermano" (Lettieri, 2004, p. 196). Esta saturación del espacio público —desde la prensa y la radio hasta la estética monumental— no perseguía un fin informativo, sino la creación de un ecosistema ideológico cerrado, destinado a ritualizar la obediencia y anular la capacidad de juicio crítico mediante la repetición constante de consignas y la exaltación emocional del líder.

La obsesión por modelar a la juventud según el ideal del "hombre nuevo" nazi se explica porque el totalitarismo es, en esencia, un proyecto regeneracionista y antropológico. No le bastaba controlar el aparato del Estado; necesitaba refundar la sociedad a partir de un tipo humano nuevo, alienado de toda lealtad que no fuera la debida a la Volksgemeinschaft (comunidad popular). Este proceso posee un cruce fundamental con la "fabricación de naciones" del siglo XIX, pero llevado a un extremo radical. Si, como analiza Hobsbawm, el nacionalismo de fines del XIX ofrecía a las clases medias "una identidad colectiva como «defensores auténticos» de la nación que les eludía como clase" (2003, p. 170), el totalitarismo nazi convirtió esta promesa de identidad en un programa biopolítico de reconfiguración total del individuo. La educación ya no formaba ciudadanos para un estado-nación, sino soldados políticos y raciales para un movimiento de destino imperial.

Este nivel de manipulación masiva, canalizado a través de un líder carismático, conlleva riesgos de una magnitud existencial. La teoría weberiana, citada por Lettieri, ilumina el peligro subyacente: el elemento esencial del carisma "no tiene que ver únicamente con que alguien posea esa cualidad sino con la existencia de ciertas situaciones extraordinarias de necesidad" (2004, p. 194). En este contexto, "los argumentos por los cuales estos sectores le otorgan el consenso no son racionales sino emocionales", lo que permite que "un manipulador, un demagogo, consiga aprovechar estas situaciones de decadencia y catástrofe para imponer su vocación de poder o sus alucinaciones" (Lettieri, 2004, p. 194). El riesgo supremo es, por tanto, la anulación de la racionalidad política colectiva y la instauración de una dinámica donde la crítica se equipara a la traición. Esta lógica conduce inevitablemente a la búsqueda de chivos expiatorios, explicando por qué, como señala Hobsbawm, el "antisemitismo político" encontró su caldo de cultivo perfecto en su "asociación con el nacionalismo de derechas" (2003, p. 169). El peligro final es la legitimación de la violencia y la exclusión como principios fundantes de la comunidad, desatando una espiral de agresión que, como demostró la historia, conduce a la guerra y al genocidio.

6. Identificar los problemas sociales, políticos y económicos que afrontaban los italianos y los alemanes antes de la toma del poder por Mussolini y Hitler y los sectores sociales y económicos que apoyan su ascenso. Fundamentar.

El ascenso al poder de Mussolini y Hitler no puede explicarse sin una identificación precisa del caldo de cultivo de crisis estructural y de la constelación de apoyos sociales que lo hicieron posible. Tanto Italia como Alemania, en la posguerra de la Primera Guerra Mundial, enfrentaban una convergencia de problemas sociales, políticos y económicos que socavaron la legitimidad de los régimes liberales existentes. En Italia, como señala Lettieri, la frustración por la "victoria mutilada" se combinó con una aguda crisis interna: "Cuando terminó la guerra, la condición de vida cayó y aumentó la desocupación, lo cual posibilitó la difusión de la idea de que si el régimen parlamentario no daba respuestas, habría que buscarlas por otro lado" (2004, p. 186). Este contexto de empobrecimiento y desencanto generalizado creó un terreno fértil para las soluciones autoritarias, minando la fe en la capacidad del Estado liberal para garantizar el orden y el bienestar.

En Alemania, la situación fue aún más extrema. La humillación del Tratado de Versalles, la hiperinflación de 1923 y la devastadora crisis económica iniciada en 1929, que elevó el desempleo a millones, configuraron un escenario de colapso. La República de Weimar, asociada a esta catástrofe nacional, era percibida como débil, corrupta e incapaz de proteger los intereses del país. Este clima de caos y desesperación social generó un

pánico profundo entre los sectores acomodados, que veían en el ascenso de los movimientos obreros socialistas y comunistas una amenaza existente para sus propiedades y su status.

Es en este marco donde debe analizarse la base social que impulsó el ascenso de ambos movimientos. Contrariamente a algunas narrativas, su apoyo nuclear no provino del proletariado. Lettieri es categórico al afirmar:

Quienes respaldaron a Hitler, por cierto, no fueron los obreros, como tampoco fueron éstos quienes habían apoyado a Mussolini en el caso italiano, sino las clases medias y las clases propietarias que tenían un temor enfermizo a la pérdida de sus bienes y al deterioro de su nivel de vida a causa de la crisis, aun sin mediar un proceso revolucionario. (2004, p. 193)

La pequeña burguesía, los comerciantes, los campesinos propietarios y los profesionales, arruinados por la inflación y la crisis, veían en el fascismo y el nazismo un baluarte contra el avance de la izquierda y una fuerza restauradora del orden.

Este respaldo se consolidó con el crucial apoyo de las élites económicas y los sectores propietarios tradicionales. En Italia, "el fascismo empezó a ser visto por los sectores propietarios tradicionales y las clases medias italianas como una garantía para sus intereses, mal custodiados a su juicio por el Estado liberal" (Lettieri, 2004, p. 187). Los grandes industriales y terratenientes, atemorizados por las huelgas y la ocupación de fábricas del biennio rosso (1919-1920), financiaron y legitimaron a los camisas negras como una fuerza de choque paramilitar capaz de imponer el orden y disciplinar al movimiento obrero. En Alemania, un proceso análogo llevó a los grandes capitales de la industria pesada y la banca a apoyar a Hitler, creyendo poder controlarlo y utilizarlo como un instrumento para suprimir el poder de los sindicatos y los partidos marxistas. De este modo, una alianza entre las clases medias desesperadas y las élites económicas temerosas proporcionó el impulso social y financiero decisivo para que el fascismo y el nazismo se instalaran en el poder.

7. Recordar los fundamentos del tipo de estado/representación política/soberanía surgido con la Revolución francesa (y relativamente vigente en Italia y Alemania antes del ascenso al poder de Hitler y Mussolini) ¿Qué cambios plantean los régimes fascista y nazi en su estructura como estado, en la base social y en el sistema de representación? ¿Qué sucede con el Stalinismo en el mismo sentido?

El Estado moderno surgido de la Revolución Francesa se fundamentaba en los principios de soberanía nacional, representación política a través de asambleas legislativas y la división de poderes, donde la ciudadanía constituía el sujeto de derechos. Sobre esta

base, aunque de manera frágil, se asentaban los regímenes liberal-parlamentarios de Italia y Alemania antes del ascenso de Mussolini y Hitler. Los regímenes fascista y nazi no se limitaron a gobernar dentro de este marco; lo suprimieron y reemplazaron por una estructura estatal, una base social y un sistema de representación radicalmente distintos.

En primer lugar, la estructura del Estado sufrió una mutación total. El principio de división de poderes fue anulado en favor de la concentración absoluta en el líder. En Italia, "Mussolini creó una milicia partidaria mucho más poderosa [...] En 1925 disolvió el régimen parlamentario" (Lettieri, 2004, p. 187). En Alemania, "Hitler obtuvo un resultado auspicioso [...] pero no consiguió una mayoría propia, razón por la cual le arrancó al Parlamento la concesión de poderes absolutos por cuatro años" (Lettieri, 2004, p. 195). La administración territorial fue reemplazada por una estructura de delegados personales del líder, los "jerarcas" en el caso nazi, que reemplazaron las instituciones provinciales (Lettieri, 2004, p. 196). El Estado de Derecho fue sustituido por el Estado policial y el dominio del partido único.

En segundo término, la base social de representación fue transformada. La noción de ciudadanía individual portadora de derechos fue abolida. El fascismo italiano articuló un "Estado corporativo antimarxista" donde "el hombre no se integraba a la sociedad en condición de ciudadano sino de trabajador" (Lettieri, 2004, p. 188). La representación política basada en la voluntad individual fue suplantada por una representación orgánica y funcional, que negaba el conflicto de clases en aras de la unidad nacional. El nazismo, por su parte, construyó su base social sobre la comunidad étnica (*Volksgemeinschaft*), donde la pertenencia y los derechos estaban determinados por la raza, excluyendo y persiguiendo a todos aquellos considerados "no alemanes".

El sistema de representación devino, así, en una mera fachada. El parlamento, cuando no fue disuelto, perdió toda función deliberativa. La voluntad popular ya no se expresaba mediante el voto pluralista, sino a través de la aclamación unánime en plebiscitos y movilizaciones de masas coreografiadas. La política se redujo a la identificación emocional con el líder carismático y la ejecución de sus directivas.

En este sentido, el estalinismo presenta una transformación análoga, aunque desde una matriz ideológica opuesta. También erradicó cualquier vestigio de democracia liberal o socialista, instaurando una dictadura de partido único. Fontana describe cómo "el primer plan quinquenal [...] se transformó en un sistema de órdenes, y se forzó su ejecución", movilizando "el entusiasmo de las masas" desde arriba (2017, p. 205). La base social del régimen ya no era el proletariado en el poder, sino una burocracia partidaria y estatal que controlaba todos los aspectos de la vida. Al igual que en los regímenes fascistas, el terror se convirtió en un instrumento fundamental de gobierno. Fontana señala que "la inmensa mayoría de sus víctimas fueron ciudadanos ordinarios [...] que no constituyan una amenaza

real para el poder soviético" (2017, p. 209), y que el terror fue racionalizado como un "paso más hacia la consolidación del socialismo" (Fontana, 2017, p. 209). La economía, lejos de la autogestión obrera, se basó en la coerción masiva, utilizando un sistema de trabajos forzados a escala industrial: "El Gulag llegó a reunir en 1937 un máximo de 1.881.570 trabajadores forzados" (Fontana, 2017, p. 208-209). Por lo tanto, pese a su retórica internacionalista y anticapitalista, el estalinismo configuró un Estado totalitario que, en su estructura de control absoluto, su base social burocrática y su sistema de representación unipartidista y basado en el terror, mostró profundas convergencias estructurales con sus enemigos fascistas.

8. Para Lettieri: ¿qué tipo de movimientos políticos fueron el nazismo y el fascismo? Establezca algunos aspectos comparativos (similitudes y diferencias) entre ambos y con el Stalinismo. Fundamentar.

Para Alberto Lettieri, la naturaleza profunda del nazismo y el fascismo puede definirse con precisión: fueron "básicamente movimientos de prevención, de agresión, que intentaban evitar la expansión del socialismo y el comunismo, e impedir que el fenómeno revolucionario de la Unión Soviética se reprodujera en Europa occidental" (2004, p. 194). Esta definición descansa en un análisis de su base social, ya que "ninguno de los dos eran partidos obreros, sino de clases medias y de grupos propietarios que intentaban escudarse o proteger sus propiedades" (Lettieri, 2004, p. 194). El Estado que erigieron no era, por tanto, neutral, sino que, como señala Lettieri refiriéndose específicamente al nazismo, "se había levantado como garante de las clases propietarias y las clases medias alemanas" y en su imaginario no tenía cabida "la noción de clase social" (2004, p. 198). Su esencia era contrarrevolucionaria y su función, la defensa violenta del orden capitalista y la propiedad privada frente a la amenaza revolucionaria.

Al establecer una comparación entre el nazismo y el fascismo, se observan notables similitudes. Ambos fueron movimientos nacionalistas y autoritarios que surgieron de la crisis del liberalismo, utilizaron la movilización de masas y la violencia paramilitar, y establecieron regímenes de partido único con un líder carismático. Sin embargo, presentan una diferencia crucial en su fundamento ideológico último. Mientras el fascismo italiano exaltaba la primacía del Estado totalitario como valor supremo, el nazismo alemán subordinó el Estado a la primacía de la raza. Para Mussolini, la nación se forjaba en el Estado; para Hitler, el Estado era un instrumento al servicio de la pureza y expansión del pueblo alemán. Esta diferencia explica el carácter único y central del racismo biológico y el antisemitismo exterminador en el régimen nazi, que en el fascismo italiano, aunque presente, no alcanzó el mismo nivel de sistematización genocida.

Al comparar ambos con el estalinismo, el análisis se complejiza. La primera y más evidente diferencia radica en su proyecto socioeconómico declarado: el estalinismo se presentaba a sí mismo, y era percibido internacionalmente, como la construcción del socialismo, mientras que el nazifascismo era su negación explícita. Fontana subraya que, para Stalin, "el terror había sido un paso más hacia la consolidación del socialismo" (2017, p. 209) y que su compromiso, incluso en privado, era con "la tarea de construir el socialismo, no a la de construir una dictadura en provecho propio" (2017, p. 209). Esta divergencia ideológica los situó como enemigos mortales, lo que llevó a la Unión Soviética a promover, frente al avance fascista, la creación de "frentes populares en que los comunistas colaborasen con los socialistas y con otras fuerzas progresivas para luchar conjuntamente" (Fontana, 2017, p. 210).

No obstante, desde una perspectiva estructural, emergen similitudes profundas que permiten categorizarlos como regímenes totalitarios. Todos ellos suprimieron las libertades civiles, erradicaron la pluralidad política, instauraron un partido único, utilizaron el terror masivo como instrumento de gobierno, controlaron férreamente los medios de comunicación y la educación, y movilizaron a la población a través de un culto hipertrófico al líder. Tanto el Gulag soviético como los campos de concentración nazis fueron sistemas de represión y explotación económica a escala industrial. La diferencia fundamental, por lo tanto, no reside en los mecanismos de poder —que fueron notablemente análogos—, sino en sus fines ideológicos declarados: la construcción de una utopía de clase sin clases, en un caso, y la instauración de un imperio racial eterno, en el otro. Mientras el estalinismo, pese a su práctica, "conservando la capacidad de ilusionar a amplios sectores de las capas trabajadoras" (Fontana, 2017, p. 210), el nazifascismo canalizó el miedo de las clases propietarias para aniquilar toda esperanza de emancipación social.